



MOSÉN SOL

Boletín informativo n.º 43 - Año 2024

**Causa de canonización del Beato
MANUEL DOMINGO Y SOL**

UN CORAZÓN CAPAZ DE AMAR MUCHO A MUCHOS

Una de las frases más conocidas de Mosén Sol dice que «más brillante o más humilde, nuestra vocación es cierta: no estamos destinados a salvarnos solos». Se trata de una cita a la que hacía alusión porque respondía a una profunda convicción que tenía: «Para comprender la trascendencia que para la gloria de Dios y salvación de las almas, y cumplir nuestra misión, puede tener la mayor o menor santidad –pero siempre santidad–, basta considerar que el sacerdote no se salva ni se condena solo».

Para don Manuel, la santidad del sacerdote tiene sus consecuencias en el pueblo de Dios, en los fieles que le han sido confiados. No es un ministerio aislado, sino un desvivirse por el bien de los demás. Por ello, puede afirmar con determinación una opción personal: «Cumpliré el deber que pesa sobre mi conciencia de que a las almas que me están encomendadas no les falten los conocimientos necesarios para salvarse y santificarse. Si ellas no son santas, es porque yo no lo soy».

En este sentido se entienden muy bien los numerosos testimonios que describen su carácter abierto, amable y cercano con todo el mundo. Nos hablan de los rasgos de su corazón. Por ejemplo, el cardenal Pla y Deniel afirmaba que «Dios le dotó de un gran corazón capaz de amar mucho a muchos, y su misión era ir ganando corazones por el amor».

Como fundador de una obra sacerdotal como es la Hermandad y de numerosos colegios de San José con centenares de adolescentes y jóvenes, Mosén Sol fue un líder capaz de establecer en torno a sí relaciones de confianza y libertad. Por eso decía a sus operarios: «No seamos árboles de sombra que no dejan crecer a los demás». Él sí dejó crecer a quienes se acercaban a él y ide qué manera! Porque los animaba a aspirar a lo máximo: la santidad.

PARA QUE TENGAN VIDA

Los biógrafos de Mosén Sol reconocen que poseía una personalidad que atraía desde el primer momento: «La dulzura de carácter, su constante amabilidad, su incansable afán de derramar el bien en torno de sí, fue causa de que se le rindiesen los corazones de cuantos tuvieron la dicha de tratarle». Podríamos decir que la relación que establecía les hacía crecer, madurar, desarrollarse... Transmitía vida y los animaba a desear la santidad.

Esto se explica desde su profunda fe eucarística. Contagiaba la vida que recibía del Corazón de Jesús Sacramentado. Por eso invitaba a acercarse a Él para encontrar consuelo, paz y fuerza: «Cuando las tentaciones nos persigan y las ocasiones nos atemorizen y las dudas nos aflijan y las contradicciones nos desmayen y las pasiones nos agiten, si estamos acostumbrados a acudir a Jesús sacramentado, aunque nos parezca no tener fe y estar en tinieblas, una visita silenciosa al tabernáculo arrancará una compunción, tal vez una lágrima, que disipará nuestras dudas, calmará nuestra agitación y temores, devolverá la alegría y la paz». Este era su secreto.

Cuando hablaba a sus operarios les exhortaba a tener un corazón abierto y transparente, como rasgo propio de la fraternidad sacerdotal en la Hermandad: «No seamos cerrados y reconcentrados... Seamos abiertos, y sepan todos lo que estudiamos y nuestras aficiones, y nuestros sentimientos. Fuera misterios y tortuosidades de conducta, ni excentricismo de carácter. Expansión y abertura». Y les pedía madurez humana: «No basta que seamos sacerdotes muy espirituales, tenemos necesidad de algo más los operarios: hemos de ser hombres».

Con los seminaristas y colegiales fue un verdadero padre que se preocupaba por la salud del alma y del cuerpo. Se desvelaba para que perseverasen en su vocación. A un seminarista que estaba pasando por una crisis en vacaciones le escribía: «No has de ser tibio, que es la peor disposición de alma, sino que has de ser resueltamente santo, y con alientos para vencer todas las dificultades interiores y exteriores que puedan presentarse a tu paso. Así pues, no dejes la oración y demás ejercicios de piedad, y la frecuencia de sacramentos y las ocupaciones útiles. Te bendice tu padre».

Mosén Sol también se distinguió en la dirección espiritual, que ejerció sobre todo siendo joven sacerdote. Muchos en Tortosa le buscaban en el sacramento de la confesión para escuchar sus orientaciones, de tal modo que gozaba de cierta fama. En este contexto, acompañó a muchas jóvenes a ingresar en diversos conventos. Murmuraban diciendo que las jóvenes que se confesaban con él acababan siendo religiosas. Y él respondía: «No lo digan en esos términos, sino al revés: que todas las jóvenes que quieren hacerse religiosas vienen a confesarse conmigo».

MOSÉN SOL Y LOS BEATOS MÁRTIRES

Una veintena de los operarios mártires conocieron personalmente a Don Manuel. Ingresaron en la Hermandad siendo él Director general, de él recibieron sus primeros destinos e intercambiaron con él una correspondencia frecuente. El origen de la vocación de alguno de ellos se encuentra en el mismo Mosén Sol y en la relación que tenía con sus familias. Otros lo conocieron siendo jóvenes seminaristas en el Colegio de vocaciones de San José de Tortosa, donde él residía. Es entrañable, en este sentido, el recuerdo del beato José Tarín: «En mis primeros años de gramática más de una vez, en nuestras conversaciones de niños, expresábamos el deseo de que muriera nuestro Padre Fundador, con la esperanza de verle obrar algún milagro. ¡Tan convencidos estábamos de su santidad!».

En definitiva, habían descubierto su vocación de sacerdotes operarios bajo la sombra paternal del fundador. De sus labios habrían escuchado las motivaciones que pedía a los que querían ser operarios: «El espíritu de los que se sientan o sean invitados a ella [la Hermandad] ha de ser este: su más fácil santificación, el estar desprendidos y sin pretensiones de toda ambición de cargos, destinos o dignidades, y para así, más fácilmente, con esta unión, dar más resultado en su ministerio para la gloria de Dios y bien de las almas. Tal es el fin, y tal es el espíritu de todos los que deben venir a esta unión».

No hay que perder de vista que en el horizonte de Mosén Sol aparecía la posibilidad del martirio. La situación socio-religiosa de su época era convulsa y las consecuencias de la Revolución de 1868 seguían generando animadversiones contra la Iglesia y el clero. En una plática a operarios ordenandos reconocía que «nunca hay más santos que en la persecución». Y ante un grupo de colegiales confesaba que «quizás tengamos que ser mártires». No nos debería sorprender que, al acercarse el momento del martirio, los operarios recordaran estas palabras del fundador y sintieran la emoción de estar respondiendo a su deseo.

En aquel año de 1936 la Hermandad se disponía a celebrar el centenario del nacimiento de Mosén Sol. En este contexto, el beato Pedro Ruiz de los Paños, que era el Director general, elaboró la Idea de la Hermandad y preparó una primera redacción del Directorio de la Hermandad. Además, en una circular del 21 de abril ofreció una lista de propuestas para esta conmemoración «teniendo en cuenta las circunstancias que nos rodean y las que, más o menos, influirán en nuestra vida durante este año».

Debido al inicio de la Guerra Civil no se pudieron llevar a cabo la mayoría de las acciones programadas para el centenario. Sin embargo, se celebró de otra manera más sublime: con la ofrenda de la vida de treinta operarios mártires.

DICE MOSÉN SOL

La sabiduría de Mosén Sol nos puede orientar para que también seamos capaces de establecer en torno a nosotros relaciones que generen vida. En este sentido, ofrecemos una selección de frases sugerentes:

«Soy refractario, por temperamento, a la corrección por la sátira. Hay que ir a la conquista de los corazones por medio de una constante amabilidad».

«Nuestra presencia ha de ser en todos los lugares motivo de santa alegría y edificación para las almas buenas. Debemos dar constante ejemplo. No sólo hemos de ser buenos, sino también parecerlo».

«Con los sacerdotes, respeto y amabilidad. Nada de malas caras nunca. Corazón ancho. Paciencia. Nada que pueda ser motivo de queja y recelo, ya de palabra, ya por escrito».

«Que todos y cada uno de los Operarios sean un modelo acabado de sacerdote santo y de tipo agradable. Amabilidad que no toque los límites de la candidez y que no degeneren en familiaridad. Corazón varonil. Ser verdaderamente hombres».

«¡Sé grande y no sufras por los caracteres de los demás; deja que todo vaya como quiera! ¿Por qué te has de apenar?».

«No te dejes llevar por el malhumor. El malhumor es mal consejero».

«Discreción, sentido común; el que menos se encuentra comúnmente. Y, sobre todo esto y más que esto, magnanimidad de corazón y seguridad de santidad. Ser verdaderamente hombres».

«Hay que hacerse todo para todos, para ganarlos a todos por medio de una constante amabilidad, a pesar de nuestro mal humor y de nuestras fatigas».

* * *

ORACIÓN PARA OBTENER GRACIAS

*Oh Dios, que descubriste al Beato Manuel Domingo y Sol
el profundo sentido de toda vocación,
en especial de la vocación sacerdotal;
suscita, por su intercesión,
decididos apóstoles de las vocaciones,
generosas respuestas a tus llamadas,
y concédenos la gracia que te pedimos por su intercesión.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.*

Para comunicar gracias recibidas o enviar limosnas:

Sacerdoti Operai Diocesani
Via della Cava Aurelia, 145
I-00165 ROMA

Sacerdotes Operarios Diocesanos
Vallehermoso, 38, 1.º
E-28015 MADRID

postulacion@sacerdotesoperarios.org